

Desde la Torre

9/03/2024

3

Max Weber advirtió cómo el fino velo del afán de riquezas, que apenas disimulaba una forma de vida ascética que contribuyó a producir el orden económico y social moderno, se trocó en un férreo estuche vacío de espíritu y se preguntó qué lo ocuparía en el futuro. Hoy, transcurrido ya más de un siglo, la imagen posee plena vigencia. Parece que el estuche sigue vacío: desde entonces las formas y los estilos de vida se han ido sucediendo en nuestra pequeña parcela de Occidente con una creciente velocidad que se ha convertido en signo del fetiche de lo nuevo, pero parece también que por su insustancialidad no han sido capaces de descerrajar ese férreo estuche que ahoga una levedad casi carente de espíritu. Más bien, como Weber temía, ha sucedido lo contrario; este se ha reforzado. Con la irrupción de la esfera digital, ese panóptico o caverna total posibilitado por la tecnología, que hoy lo media todo y que propicia el control de todos, al velo del afán de riquezas se ha superpuesto el del *pathos* de la simulación propio de egos frágiles y hueros en busca de permanente aprobación y reconocimiento. En el gran *theatrum mundi* digital de las redes sociales, donde cada uno vigila con el rabillo del ojo al resto, de lo que se trata es de *parecer*. *Visibilidad* es el nombre del nuevo ídolo. Detrás, las más de las veces hay poco más que nada: individuos intercambiables y fungibles cuya sustancialidad se ha reducido a un fingir en el que se consumen. Rousseau ya lo advirtió con toda claridad y esto da no solo la medida de su actualidad, sino también la indicación de lo que puede constituir otro rasgo patológico, autodestructivo, de la dialéctica ilustradora de Occidente. La exclusión del mundo que practica en sus *Ensoñaciones* obedece al hastío de un yo autorreflexivo que deja de encontrarse a sí, en compañía y en soledad, mientras permanece *incesantemente volcado en la sociedad y sin cesar ocupado en simular con los otros*. Representación, fingimiento, pérdida del núcleo de identidad del yo constituyen las causas del retraimiento rousseauiano de una sociedad en la que se insinuaban unos rasgos que se han tornado dominantes en la actual. El nuestro es un mundo de centros comerciales –poblados de gimnasios lindantes con centros de estética– y de smartphones en el que el culto a una representación idealizada del cuerpo y de la juventud es la más ajustada imagen del juego de simulaciones a través de las cuales los yo es se pierden en esa permanente interconexión facilitada por estos dispositivos que los someten. Tal vez, en vista de la actual banalización de las relaciones humanas, haya que dar la razón a Byung-Chul Han, posiblemente Rousseau lo haría, en



su reivindicación del *idiota*, que es aquel que, como sugiere la etimología del término, se sustrae al circuito de lo público justo porque ahora, en contra de épocas pasadas en las que en lo colectivo –en el diálogo– se construía, la condición para la liberadora apertura del férreo estuche es la formación de un yo que se autonomiza, ganando *individualidad*, frente al desierto de espíritu que se adivina en la gran red. Una comunidad de idiotas no deja de ser una buena opción.